

duda, le han solicitado, más parece una trampa de la que no ha sabido librarse, porque “las posibles lucubraciones en busca de una tesis que dé cuenta precisa del sentido del *Buscón* son inagotables, y en último término están condenadas a quedar muy por detrás de lo que el texto es capaz de sugerir” (p. 220), claridad de juicio que apunta a la sagacidad del editor cuando se enfrenta a un texto que hemos clasificado como “clásico”.

PABLO JAURALDE POU

JESSICA C. LOCKE (ed.), *Qui navigant mare enarrant pericula eius*. “La navegación del alma” de Eugenio de Salazar. El Colegio de México, México, 2011; 260 pp. (*Biblioteca Novohispana*, 9).

Los libros de esta colección tienen problemas particulares, se trate de impresos o manuscritos. Si se trabaja con ediciones príncipe, es necesario decidir qué conservar, qué innovar; si de manuscritos, cómo llegar a la impresión sin traicionar los propósitos del original. Uno más, es que son vástagos de la academia, productos de algún interés personal, cuya difusión estará llena de los obstáculos de su condición; llegan a ser, pues, obras para pocos, que no desaparecen pronto de las estanterías, pero se vuelven de consulta obligada cuando se intenta decir algo distinto o algo más sobre un escritor y su obra, caso que atañe de manera particular a esta *Navegación*, impresa aquí por primera vez.

La obra de Salazar fue descubriéndose a pedazos, quizá por las condiciones que impuso en su testamento literario; quedó inédita, pues, por su voluntad. Dice al inicio, “no determiné publicarla en mis días, porque, si no me engaño, tiene obras que pueden salir a la luz, temí, por causa de mi profesión y oficio, no tuviesen algunos a desautoridad mía publicar e imprimir obras en metro castellano”. Al final, advierte, “las tres cartas –la de la corte, la de la milicia y la del mar– se pueden imprimir, porque parece traen alguna utilidad común. Las de los Catarriberras ni de la de Asturias ni otra alguna no se impriman, porque, aunque tienen agudeza y erudición, son cartas de donaires y no se puede sacar otro fruto de ellas más que el gusto de las razones. No me pongan el título de licenciado ni de oficio que yo haya tenido, sino solamente Eugenio de Salazar, como va en el original, el cual se siga todo sin mudar, quitar ni añadir letra. Y cuando esta cerradura se abra, cortad estas hojas que están dentro y guardadlas para el tiempo del efecto, y no se pierdan; o volvedlo a cerrar como no se vean”.

Creo conveniente empezar la lectura del libro por las últimas páginas, para entender lo que significó la edición del poema transcrito y anotado desde el manuscrito. Descubrir sus misterios gráficos y de-

jarlos en claro fue, no creo equivocarme, si no la tarea mayor, la más lenta y pesada. Como en todo texto de esos siglos, es imprescindible decidir qué hacer con la ortografía, indefinida aún, tomar decisiones sobre la naturaleza de algunos versos, para evitar los hipométricos o hipermétricos.

La decisión de editar y anotar esta extensa tirada de versos tiene como trasfondo la vocación filológica. No es éste un poema a lo Garcilaso, cuyas líneas llevan al lector de la mano y la inspiración dicta cada una. Estamos ante un texto muy formal desde la dedicatoria; sumemos a eso la explicación de las partes que lo componen. Con esto, Salazar eliminó, desde el principio, sus misterios: “el navegante es el alma; / navío, el cuerpo del hombre; / piloto, la mente o entendimiento; / ayudante de piloto, el ángel custodio; timonel, el juicio y discreción (también se llama timonero); timón, leme o governalle, la prudencia”, y pongo etcétera, porque el fragmento es extenso.

La materia náutica, repetida con frecuencia, se justifica por el largo período, hasta bien entrado el Romanticismo, en que el relato sin ciencia ficción metaforizaba con lenguaje marino. En ese movimiento perpetuo estaba la aventura, la incertidumbre, la vida nueva o ninguna, de lo que es ejemplo dramático Palinuro, cuyo destino cierran los últimos versos en el libro quinto de la *Eneida*. En el capítulo diez de *El arte de marear*, Antonio de Guevara advierte, “es saludable consejo que todo hombre que quiere entrar en la mar, ora sea en nao, ora sea en galera, se confiese y se comulgue, se encomiende a Dios como bueno y fiel cristiano, porque tan en ventura lleva el mareante la vida como el que entra en una aplazada batalla”. No tiene desperdicio, pues, esta alegoría de la vida, de sus períodos que, mientras transcurren, encuentran en el léxico las razones de ser de cada uno a veces de manera demasiado obvia, porque el verso es predecible: en qué otro momento pueden embravecer más los vientos contrarios, sino en las incertidumbres de la adolescencia y los peligros de la juventud. Al resto de las edades corresponde el mismo cambio de léxico, que aumenta el drama en las canciones después de abandonar los tercetos encadenados que componen la mayor parte del poema.

Salazar fue, sin duda, escritor prolífico; los setenta y seis folios que componen la *Navegación* son número mínimo al lado los quinientos treinta y tres que reúne su *Silva de poesía* en donde se encuentran la pastoril, de circunstancia y burlesca, más imitaciones de Petrarca, según la clasifica Jaime J. Martínez en *Eugenio de Salazar y la poesía novohispana*. Contamos ahora con los setenta y tres folios de la *Suma del arte de poesía colegida de la teórica expresa de diversos autores y de la práctica y lección de los más excelentes poetas latinos y provenzales, italianos y españoles para instrucción de los que quisieren componer en nuestra poesía y metro castellano*, que editó Martha Lilia Tenorio para esta misma colección. Faltaría añadir sus tratados jurídicos y cartas, cuya extensión desconozco.

Jessica Locke lucubra sobre la naturaleza de estos tres millares de versos, su posible carácter autobiográfico y épico. Las siete edades del hombre –tema frecuente, al que Isidoro de Sevilla destina, sin mucho detalle, un par de páginas en sus *Etimologías*– se prestan para una biografía tanto real cuanto ficticia, para una mezcla de ambas o un acomodo de la realidad a lo que pudo haber sido. La conclusión de Locke es, en este aspecto, lo razonable: “tiene un trasfondo autobiográfico y testimonial, que sirve para fortalecer su mensaje edificante”. En cuanto a poesía épica, quizá bastaría el periplo marino y la narrativa, sujeta a los cambios que cada edad contiene como representaciones de alguna realidad.

Creo que a la *Navegación* corresponde más el carácter de poema didáctico, posibilidad que la editora no descarta. La gran cantidad de apostillas, innecesarias en buena parte, señalan el empeño de no dejar nada en la oscuridad; nombre y naturaleza de los vientos, por ejemplo, que en la antigüedad se designaban su curso y naturaleza: “Boreas, viento impetuosísimo que sale del lado norte. Llámase también Aquilo y Messe. Viene de la parte del septentrión”. En el capítulo séptimo, que corresponde a la juventud, hay una extensa nota sobre Polifemo, para ilustrar el contenido de un terceto que dice, “Sepa quebrar el ojo a Poliphemo / y apartarse de Circe la engañosa / si quiere conseguir el bien supremo”. Buen conocedor del medio que frecuentaba, explica con economía lo que bautiza como soberbia, aunque podría recibir otros nombres: “ambición de cargos y oficios, dignidades, premios, prelaciones y ventajas negociadas por malos medios”. Este tipo de observación justifica más la apostilla, porque aquí funciona la opinión personal; en las demás, allí donde predomina la información práctica, habría que pensar qué la justifica, porque el poema no está escrito para el lector común, aunque pueda añadirse, con las restricciones necesarias, a la lista de manuales náuticos de la época.

El mérito de Salazar es medido; en ninguno de los comentarios críticos que he podido leer sobre su obra salta impetuoso el halago, el adjetivo entusiasmado. Sí destaca, por lo menos en la obra de Martínez citada arriba, el estilo severo de su poesía amorosa, escrita para su mujer y dedicada a ella, a la inversa de los poetas que le precedieron (Petrarca, Garcilaso, entre otros), de los que obtiene o adapta estilos y versos para sus composiciones.

En este trabajo de orfebrería filológica, anotado con el mismo entusiasmo y minucia que Salazar anota el suyo, se llega aproximadamente a la misma conclusión. Cito por extenso la última parte del proemio: “Cualquiera sea la razón por la que la *Navegación* aún no se ha publicado, la presente edición responde a mi firme creencia de que esta obra merece ser rescatada, no sólo por los rasgos originales y particulares que presenta, sino también por la valiosa información biográfica e histórica que se puede extraer de una lectura más mi-

nuciosa”. Lo cual significa que en la historia de la literatura, deben figurar, para que sea completa, tanto los grandes como los menores.

MARTHA ELENA VENIER

El Colegio de México

RAFAEL OLEA FRANCO (ed.), *Doscientos años de narrativa mexicana*. T. 1: *Siglo XIX*. Con la colab. de Pamela Vicenteño Bravo. El Colegio de México, México, 2010; 337 pp.

En un ejercicio de generalización extrema, el paradigma estético y político postrevolucionario tendió a identificar con el Porfiriato el grueso de la literatura decimonónica. A partir de esto, situó una gran variedad de propuestas escriturales en un delicado lugar de la memoria nacional, pues, desde esa perspectiva, el régimen del presidente Porfirio Díaz sólo representaba el despotismo y la injusticia en contra de los cuales había luchado, por lo menos en el discurso, la Revolución mexicana; en consecuencia, cualquier manifestación cultural vinculada con la prolongada presidencia finisecular se antojaba sospechosa de traición a la patria, por decir lo menos.

El palmario anacronismo no restó poder de anatema a tal consideración; antes bien, repercutió en el *imaginario* académico al grado de convertir en lugar común una opinión según la cual la literatura de aquella centuria era no sólo ampulosa y soporífera, sino irrelevante en todo sentido. Por consiguiente, a pesar de que sin las estéticas favorecidas por nuestros narradores, poetas y dramaturgos y sin los temas explorados por nuestros ensayistas y periodistas, era (y es) del todo imposible comprender el decurso de la literatura mexicana posterior, pocas eran las firmas cuyo plumaje pasaba intacto por los lodazales de la desmemoria y se alzaban dignas en cursos escolares donde se solía (acaso aún se suele) denostar en bloque a narradores liberales, versificadores bohemios, dramaturgos románticos y poetisas que incursionaron en el periodismo, simplemente porque sus creaciones obedecieron a parámetros hoy en desuso. Esa omisión, triste es decirlo, apenas tuvo críticos en décadas subsecuentes.

A mediados del siglo xx, por ejemplo, José Luis Martínez denunció cuán parcial era el conocimiento sobre un corpus tan copioso y variado (nada menos que cien años de escritura), y se encargó de reconstruir para los ojos de sus contemporáneos algunas biografías intelectuales, sometiendo a renovada valoración textos legendarios como *El periquillo sarniento* o publicaciones periódicas tan ilustres como *El Renacimiento* y la *Revista Azul*. Por medio de los artículos reunidos en *La expresión nacional* (1955), fue posible exhumar los nombres de los